

turalización. Si yo llego á ser par de Francia, me sucederá.

La presidenta empleó cinco días en amaestrar á su hijo. El día de la entrevista, vistió ella misma á Cecilia y le equipó con el mismo cuidado que empleó aquel almirante en armar el yacht de recreo de la reina de Inglaterra, cuando ésta hizo su viaje á Alemania.

Pons y Schwab, por su parte, le quitaron el polvo al museo Pons, á la habitación y á los muebles, con la agilidad de marineros que hacen la limpieza del buque almirante. Ni un grano de polvo en las maderas talladas. Todos los cobre relucían. Los vidrios de los pasteles dejaban ver claramente las obras de Latour, de Greuze y de Liautard, el ilustrado autor de la Chocolatera, el milagro de aquella pintura japonesa de mil tan pasajera. El inimitable esmalte de los bronce florentinos formaba innumerables visos; todo brillaba y hablaba al alma en aquel concierto de obras maestras organizado por dos músicos que rivalizaban en poesía.

CAPÍTULO X

Una idea alemana

Bastante hábiles para evitar los inconvenientes de una entrada en escena, las primeras en llegar fueron las mujeres que deseaban estar sobre el terreno. Pons hizo la presentación de su amigo Smuke á sus parientas, las cuales le tomaron por un idiota. Ocupadas como estaban con la idea de un prometido cuatro veces millonario, las dos ignorantes prestaron escasa atención á las joyas artísticas del museo Pons y miraban de un modo indiferente los esmaltes de Petitot. Las flores de Wan-Huysum, de David de Heim, los insectos de Abraham Mignon, los Wan Dyck, los Albert Durer, los verdaderos Cranach, el Giorgione, el Sebastião del Piombo, Backhuysen, Hobbema, Gericault, las rarezas de la pintura, nada picaba la curiosidad de aquellas mujeres que esperaban al sol que debía iluminar aquellas riquezas. Sin embargo, quedaron sorprendidas de la belleza de algunas joyas etruscas y del valor real de las tabaqueras, y se extendían por complacencia ante unos bronce florentinos

cuando la señora Cibot anunció al señor Brunner. Las dos mujeres no se volvieron para nada y aprovecharon un magnífico espejo de Venecia provisto de un excelente marco, para examinar al fénix de los pretendientes.

Federico, prevenido por Wilhem, había procurado ocultar su calvicie con los pocos cabellos que le quedaban, y llevaba un bonito pantalón, un elegante chaleco de seda, una camisa bordada y una corbata azul con rayas blancas. La cadena de su reloj acababa de salir de casa de Florent y Chanor, así como el puño de su bastón. Respecto á la levita, acababa de hacérsela Graff con el mejor paño que tenía. Unos guantes de Suecia anunciaban al hombre que se había comido ya la fortuna de su madre, y se habría adivinado el pequeño cupé del banquero, con dos caballos, viendo relucir sus bien lustradas botas, si el oído de las dos comadres no hubiese percibido ya su rodar en la calle de Normandía.

Cuando el crapuloso de veinte años es la crisálida de un banquero, brota á los cuarenta convertido en observador tanto más astuto cuanto que Brunner había comprendido todo el partido que puede sacar un alemán de su sencillez. Aquella mañana, Federico afectó el aire soñador del hombre que se halla entre los principios de la vida de familia y las postrimerías de la disipadora vida del banquero. Tratándose de un alemán afrancesado, esta fisonomía pareció á Cecilia el superlativo de lo novelesco, hasta tal punto, que vió un Werter en el hijo de los Virilaz. ¿Quién es la joven que no se permite una pequeña novela en la historia de su matrimonio? Cecilia se consideró la más feliz de las mujeres al ver que Brunner se entusiasmaba ante aquellas magníficas obras coleccionadas durante cuarenta años de paciencia, estimándolas por primera vez en su verdadero valor con gran satisfacción de Pons.

—¡Es un poeta!—se dijo la señorita de Marville.—Un poeta es un hombre que no cuenta, que deja á su mujer dueña del dinero, que es fácil de dominar y que se ocupa de tonterías.

Cada cristal de las dos ventanas del cuarto del músico era una vidriera suiza en colores, la peor de las cuales valía mil francos, contándose allí diez y seis de estas obras maestras en busca de las cuales viajan hoy los aficionados. En 1815, aquellas vidrieras se vendían entre seis y diez francos. El precio de los sesenta cuadros que componían

aquella divina colección, obras maestras puras, auténticas, sin una restauración, sólo podía ser conocido al calor de la puja. Cada cuadro iba acompañado de un marco de inmenso valor, y habíalos allí de todos los estilos: el marco veneciano con sus grandes adornos; el marco romano; el marco español; los marcos flamencos y alemanes, con sus sencillos personajes; el marco de concha con incrustaciones de estaño, de cobre, de nácar, de marfil; el marco de ébano; el marco de boj; el marco de cobre; el marco Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, en fin, una colección única de los modelos más hermosos. Pons, más feliz que los conservadores de los tesoros de Dresde y de Viena, poseía un marco del famoso Brustolone, que es el Miguel Angel de la talla.

Como es natural, la señorita de Marville pidió explicaciones acerca de cada nueva curiosidad, se hizo iniciar por Brunner en el conocimiento de aquellas maravillas y estuvo tan sencilla en sus exclamaciones y pareció tan feliz conociendo por boca de Federico el valor y la belleza de una pintura, de una escultura ó de un bronce, que el alemán dejó de mostrarse frío, y su rostro pareció rejuvenecer. En fin, por una y otra parte fueron más lejos de lo que debían ir en aquel primer encuentro, que seguía siendo atribuido á la casualidad.

Aquella sesión duró tres horas. Brunner ofreció la mano á Cecilia para bajar la escalera. Bajando los tramos con juiciosa lentitud, Cecilia, que seguía hablando de bellas artes, quedó asombrada de la admiración que habían causado á su pretendiente los cachivaches de su primo Pons.

—¿De modo que cree usted que vale mucho dinero lo que acabamos de ver?

—Señorita, si su señor primo quisiera venderme su colección, esta misma noche le daría por ella cien mil francos, y no haría un mal negocio. Solamente los sesenta cuadros alcanzarían este precio, vendidos en pública subasta.

—Cuando usted lo dice, lo creo—respondió Cecilia,—y no andará usted engañado, porque se ve que se ha ocupado mucho de esto.

—¡Oh! señorita...—exclamó Brunner.—Por toda respuesta á ese reproche, voy á pedir permiso á su señora madre para presentarme en su casa de usted, á fin de tener el gusto de volver á verla.

—Qué lista es mi *hijita*—pensó la presidenta, que iba

detrás de Cecilia.—Con mucho gusto caballero—añadió en voz alta.—Espero que vendrá con nuestro primo Pons á comer con nosotros, pues el señor presidente tendrá mucho gusto en conocerle...—Gracias, primo—añadió la presidenta apretando el brazo de Pons de una manera tan significativa, que no lo hubiera sido más la siguiente frase sacramental de recomendación: «esto es cuestión de vida ó muerte para nosotras.»

Después de haber dejado á las dos damas en el coche y cuando éste hubo desaparecido por la calle Charlot, Brunner habló de antigüedades á Pons, el cual le hablaba á su vez de matrimonio.

—¿De modo que no ve usted obstáculo?—le preguntó Pons.

—¡Ah!—replicó Brunner—la niña es insignificante, y la madre un poco estirada... ya veremos.

—¡Oh! es una hermosa fortuna para el porvenir—le advirtió Pons,—más de un millón...

—Hasta el lunes—dijo el millonario.—Si quisiera usted vender su colección de cuadros, yo le daría por ella de quinientos á seiscientos mil francos.

—¡Ah! no podría separarme de lo que constituye mi dicha—exclamó el músico, que no se creía tan rico.—No la vendería más que á condición de entregarla después de mi muerte.

—Bueno, ya veremos.

—Ya tenemos dos negocios en marcha—dijo el coleccionista, que no pensaba más que en el matrimonio.

Brunner saludó á Pons y desapareció llevado por su bonito carruaje, y el músico se quedó contemplando la marcha del cupé, sin hacer caso de Remonencq, que fumaba su pipa al umbral de la puerta.

Aquella misma noche, en casa de su suegro, á quien la presidenta fué á consultar, ésta encontró á la familia Popinot, y, en su deseo de satisfacer una pequeña venganza, muy natural en el corazón de las madres cuando no han podido capturar á un hijo de familia, la señora de Marville dió á entender que Cecilia hacía una magnífica boda.

—Pues ¿con quién se casa Cecilia?—preguntaron todos á una.

Entonces, sin creer que descubría sus secretos, la presidenta hizo tantas indicaciones y tantas confidencias al oído,

que he aquí lo que se decía al día siguiente en las casas donde Pons realizaba sus evoluciones gastronómicas:

«Cecilia de Marville se casa con un joven alemán que se hace banquero por humanidad, pues posee cuatro millones con un héroe de novela, un verdadero Werter encantador, buen corazón, que había hecho sus locuras, que estaba locamente enamorado de Cecilia, que se había enamorado de repente, y que su amor era tanto más seguro cuanto que Cecilia no tenía rivales, etc., etc.»

Dos días después, algunas personas fueron á felicitar á la presidenta con el único objeto de saber si había algo de cierto, y la presidenta hizo esas admirables variaciones que las madres podrán consultar como se consultaba antes el *Perfecto Secretario*.

—Un matrimonio no está hecho hasta que no se sale de la alcaldía y de la iglesia—le decía la presidenta á la señora de Chifreville;—nosotras sólo estamos en los comienzos, así es que espero de su amistad que no hablará con nadie de este asunto.

—¡Señora presidenta, qué feliz es usted! ¡tan difícil como es hoy arreglar un casamiento!

—¿Qué quiere usted? una casualidad, que es muchas veces la base de un matrimonio.

—¿De modo que casa usted á Cecilia?—le preguntaba la señora Cardot.

—Sí—respondió la presidenta, comprendiendo la malicia del *de modo*.—Éramos exigentes, y esto retardaba la boda de Cecilia. Pero lo hemos encontrado todo: fortuna, amabilidad, buen carácter y un hombre guapo. Por lo demás, bien merecía mi hijita todo esto. El señor Brunner es un muchacho encantador, distinguido, amante del lujo, conocedor de la vida, y está loco por Cecilia, la cual lo acepta, á pesar de sus tres ó cuatro millones... Nosotras no teníamos tantas pretensiones, pero por mucho pan nunca hay mal año.

—Nos decide más á aceptarlo el cariño que le demuestra á Cecilia que su dinero—decía la presidenta á la señora Lebás.—El señor Brunner tiene tanta prisa, que sólo se avendrá á las dilaciones legales.

—¿Es extranjero?

—Sí, señora; pero confieso que me considero muy feliz. No es un yerno lo que tendré, sino un hijo. El señor Brunner es verdaderamente seductor por su delicadeza. No

posible imaginar la prisa que se dió á aceptar su matrimonio bajo el régimen dotal, lo cual no es pequeña seguridad para las familias. Además, compra por valor de un millón doscientos mil francos de tierra, que pertenecerán algún día á Marville.

Al día siguiente se renovaban las variaciones sobre el mismo tema. Así el señor Brunner era un gran señor; lo hacía todo á lo grande, no contaba, y si el señor de Marville pudiese obtener su carta de naturaleza, el yerno llegaría á ser par de Francia. La fortuna del señor Brunner no era conocida, tenía los caballos y los coches más hermosos de París, etcétera.

El placer con que los Camusot publicaban sus esperanzas daba idea clara de lo inesperado que era para ellos aquel triunfo.

Inmediatamente después de la primera entrevista en casa del primo Pons, el señor de Marville, movido por su mujer, decidió al ministro de Justicia, á su primer presidente y al fiscal á que fuesen á comer á su casa el día de la presentación del fénix de los yernos. Los tres grandes personajes aceptaron, pues todos comprendieron el papel que les hacía desempeñar el padre de familia y acudieron gustosos en su ayuda. En Francia se ayuda con gusto á las madres de familia que pescan un yerno rico. Los condes de Popinot se prestaron igualmente á completar el lujo de aquel día, aunque aquella invitación les pareciese de mal gusto. Hubo en total once personas. Los abuelos de Cecilia, el anciano Camusot y su mujer, no podían faltar á aquella reunión destinada á comprometer definitivamente al señor Brunner, anunciado, como se ha visto, como uno de los capitalistas más ricos de Alemania, hombre de gusto (amaba á la hijita), futuro rival de los Nucingen, de los Keller, de los Tillet, etc.

—Es nuestro día—dijo con una sencillez muy estudiada la presidenta á aquel á quien consideraba ya como su yerno nombrándole los convidados,—no tenemos más que íntimos. En primer término, el padre de mi marido, que ya sabe usted que está propuesto para la dignidad de par, después los condes de Popinot, cuyo hijo no juzgó bastante rica á Cecilia, aunque no por eso hemos dejado de ser amigos, el ministro de Justicia, el presidente, el fiscal, en fin, amigos nuestros... Tenemos que comer un poco tarde á causa de la Audiencia, cuya sesión no acaba hasta las seis.

Brunner miró á Pons de una manera significativa, y Pons se frotó las manos como diciendo: «Estos son nuestros amigos, mis amigos».

La presidenta, como mujer hábil, fingió tener que decir algo á su primo, á fin de dejar sola un instante á Cecilia con su Werter. Cecilia charló considerablemente y procuró que Federico pudiese ver un diccionario alemán, una gramática alemana y un Goethe, que ella había escondido.

—¡Ah! ¿aprende usted el alemán?—dijo Brunner ruborizándose.

Los franceses se pintan solos para inventar esta clase de lazos.

—¡Oh!—dijo la joven,—es usted muy malo, caballero; no está bien que registre usted así mis escondites. Quiero leer á Goethe en el original, y hace dos años que estoy aprendiendo el alemán.

—Pues muy difícil ha de ser la gramática cuando no hay más que diez hojas cortadas—respondió sencillamente Brunner.

Cecilia, confusa, se volvió para no dejar ver su rubor, como el alemán no resiste á esta clase de testimonios, Federico cogió á Cecilia por la mano, y mirándola, como se miran los esposos en las novelas de La Fontaine, la dijo:

—Es usted adorable.

Cecilia hizo un gesto mimoso, que significaba: «Y á usted ¿quién no le amaría?»

—Mamá, esto va bien—dijo después al oído á su madre que se presentó con Pons.

El aspecto de una familia durante un día semejante, no se describe. Todo el mundo se alegraba de que aquella madre cazase un buen partido para su hija. La felicitaban con palabras de doble sentido. Brunner fingió no comprender nada. Cecilia lo comprendía todo, y el presidente andaba á caza de cumplidos. Toda la sangre de Pons acudió á su rostro cuando Cecilia le dijo en voz baja, tomando mil precauciones, la intención de su padre, relativa á una renta vitalicia de doscientos francos, renta que el anciano artista rechazó de todo corazón pretextando la revelación que Brunner le había hecho acerca de su fortuna mobiliaria.

El ministro, el primer presidente, el fiscal, los Popinot, las demás gentes de negocios se fueron, quedando sólo el anciano Camusot, y Cardot, el antiguo notario, asistido de

su yerno Berthier. Al verse en familia, el buen Pons dió las gracias á sus primos por la proposición que acababa de hacerle Cecilia. Las gentes de corazón son así, se dejan siempre llevar del primer impulso. Brunner, que vió en aquella renta, ofrecida de aquel modo, una especie de prima, tomó una actitud que denotaba la fría meditación del calculador.

—Que yo trate ó no con nuestro amigo Brunner, mi colección ó su importe siempre pertenecerá á vuestra familia—decía Pons comunicando á sus asombrados oyentes las grandes riquezas que poseía.

Brunner observó el cambio que se operó en el interior de aquellos ignorantes en favor de un hombre que pasaba de un estado tachado de indigencia á la fortuna, y como había observado ya los mimos del padre y de la madre para con Cecilia, ídolo de la casa, quiso complacerse en excitar las sorpresas y las exclamaciones de aquellos dignos burgueses.

—Yo dije á la señorita que los cuadros del señor Pons valían esa suma para mí; pero al precio que han adquirido hoy los objetos de arte únicos, nadie podrá prever el valor que alcanzaría esa colección en venta pública. Los sesenta cuadros ascenderían á un millón, pues he visto allí varios de cincuenta mil francos.

—No irá mal el que le herede—dijo el antiguo notario á Pons.

—Mi heredera será mi prima Cecilia—replicó el buen hombre, persistiendo en su parentesco.

Al oír esto, el anciano músico fué objeto de la admiración de todos.

—Pues será una rica heredera—dijo Cardot riéndose y disponiéndose á marcharse.

Se quedaron solos Camusot padre, los padres de Cecilia, ésta, Brunner, Berthier y Pons, pues se presumió que el alemán se decidiría á hacer la demanda oficial de la mano de Cecilia.

En efecto, cuando estas personas estuvieron solas, Brunner empezó por hacer una pregunta que pareció de buen augurio á los padres.

—He creído comprender—dijo Brunner dirigiéndose á la presidenta,—que la señorita era hija única.

—Ciertamente—respondió la madre con orgullo.

—Lo que es por esa parte no tendrá usted nada que te-

mer—añadió el buen Pons para decidir á Brunner á formular su petición.

Brunner se puso pensativo, y un fatal silencio engendró la frialdad más extraña. Parecía que la presidenta hubiese confesado que su hija era epiléptica. El presidente, comprendiendo que su hija no debía estar allí, le hizo una seña para que saliese. Se miraron todos. La situación llegó á ser enojosa. El anciano Camusot, hombre de experiencia, llevó al alemán al cuarto de la presidenta con el pretexto de enseñarle el abanico regalado por Pons, y adivinando que surgían algunas dificultades, indicó con un gesto á su hijo, á su nuera y á Pons que le dejaran con el futuro.

—He aquí la obra de arte—dijo el antiguo almacenista de sedas enseñándole el abanico.

—Esto vale cinco mil francos—respondió Brunner después de haberlo contemplado.

—Caballero, ¿no había usted venido á pedir la mano de mi nieta?—le dijo el futuro par de Francia.

—Sí, señor—dijo Brunner—y le ruego que me crea que ninguna honra puede ser más halagüeña para mí que esta. Nunca encontraré una joven más hermosa, más amable y que me convenga más que la señorita Cecilia; pero...

—¡Ah! nada de peros—dijo el anciano Camusot,—ó veamos en seguida la traducción de sus peros, mi querido señor.

—Caballero—repuso gravemente Brunner,—yo celebro en el alma que no haya aún compromisos adquiridos por una y otra parte, pues la calidad de hija única, tan preciosa para todo el mundo, excepto para mí, es un impedimento absoluto.

—¡Cómo, caballero!—dijo el anciano estupefacto.—¿Lo que es una inmensa ventaja quiere usted convertirlo en inconveniente? Su conducta es verdaderamente extraordinaria, y desearía conocer las razones que la apoyan.

—Caballero—repuso el alemán con flemma,—he venido aquí esta noche con intención de pedir al señor presidente la mano de su hija. Quería labrar un porvenir á la señorita Cecilia ofreciéndola todo lo que ella hubiera consentido aceptar de mi fortuna; pero una hija única es una muchacha acostumbrada á hacer su capricho y que no conoce las contrariedades. He visto que ocurre aquí como en muchas familias, en las que he podido observar antes el culto que rinden á esta clase de divinidades: su nieta no sólo es el ídolo de la casa, sino que,

además, la señora presidenta lleva aquí los... ya me entiende usted. Caballero, he visto el hogar de mi padre convertido en un infierno por una causa análoga. Mi madrastra, causa de todas mis desgracias, hija única, adorada, la más encantadora de las jóvenes, se convirtió en un demonio. No dudo que la señorita Cecilia será una excepción dentro de este sistema; pero yo no soy ya ningún joven, tengo cuarenta años, y la diferencia de nuestras edades engendra dificultades que no me permiten hacer feliz á una joven acostumbrada á ver hacer á la señora presidenta su santa voluntad y á que la señora presidenta la escuche como un oráculo. ¿Con qué derecho le exigiría yo un cambio de ideas y de costumbres á la señorita Cecilia? En lugar de unos padres complacientes, dispuestos á acatar todos sus caprichos, esa joven se encontraría con el egoísmo de un cuádragenario, y si se resiste, el vencido será el cuádragenario. Obro, pues, como hombre honrado y me retiro. Por otra parte, deseo ser completamente sacrificado, y si es necesario dar explicaciones acerca del por qué no he venido aquí más que una vez de visita...

—Caballero, si tales son sus motivos, por extravagantes que sean, son plausibles—dijo el futuro par de Francia.

—Señor, no ponga usted en duda mi sinceridad—repuso vivamente Brunner interrumpiéndole.—Si conoce usted á alguna joven pobre, pero bien educada, perteneciente á una familia cargada de hijos, como hay muchas en Francia, siempre que su carácter me ofrezca garantías, yo me caso con ella.

Durante el silencio que siguió á esta declaración, Federico Brunner dejó al abuelo de Cecilia, fué á despedirse cortésmente de los dueños de la casa y se retiró. Como comentario vivo del saludo de su Werter, se presentó Cecilia, pálida como una moribunda; lo había escuchado todo escondida en el ropero de su madre.

—¡Despreciada!—dijo Cecilia á su madre al oído.

—¿Y por qué?—preguntó la presidenta á su suegro.

—Bajo el bonito pretexto de que las hijas únicas son niñas mimadas—respondió el anciano,—y hasta cierto punto no le falta razón—añadió aprovechando aquella ocasión para criticar á su nuera, que le fastidiaba hacía veinte años.

—Mi hija morirá de esto, ¡la habrá matado usted!—dijo la presidenta á Pons sosteniendo á su hija, la cual creyó deber

justificar estas palabras dejándose caer en los brazos de su madre.

El presidente y su mujer llevaron á Cecilia á un sofá donde ésta acabó por desmayarse.

El abuelo llamó á los criados.

CAPITULO XI

Pons sepultado debajo de la grava

—Ahora veo la trama urdida por ese señor—dijo la madre furiosa señalando á Pons.

El músico se irguió como si hubiera oído sonar la trompeta del juicio final.

—El señor ha querido responder con una injuria á un inocente broma—dijo la presidenta, cuyos ojos parecían fuentes de bilis.—¿A quién se hará creer que ese alemán está en su sano juicio? ¿O es cómplice de una atroz venganza ó está loco. Señor Pons, espero que en lo sucesivo nos ahorrará usted el disgusto de verle en una casa que ha intentado usted llenar de deshonra y de vergüenza.

Pons, que se había convertido en estatua, tenía los ojos fijos en el suelo y daba vueltas á los pulgares.

—¡Cómo! ¿aun está usted ahí, monstruo de ingratitude! exclamó la presidenta volviéndose.—Ni el señor ni yo estaremos nunca en casa si este sujeto volviera á presentarse.—les dijo á los criados señalando á Pons.—Juan, vaya usted á buscar al doctor, y usted Magdalena, traiga el agua azahar.

Para la presidenta, las razones alegadas por Brunner eran más que el pretexto bajo el cual se ocultaban otros desconocidos; pero la ruptura del matrimonio no dejaba, en eso, de ser cierta. Con esa rapidez de pensamiento que es propia de las mujeres en las grandes circunstancias, la señora de Marville había encontrado la única manera de reparar aquel jaque atribuyendo á Pons una venganza premeditada. Aquella concepción infernal satisfacía el honor de la familia; Fiel á su odio contra Pons, la madre había convertido en verdad una sencilla sospecha de mujer. En general, las mujeres tienen una fe particular y una moral propia, y creen

la realidad de todo lo que sirve á sus intereses y á sus pasiones. La presidenta fué más allá, pues persuadió aquella noche al presidente de su propia creencia, y al día siguiente el magistrado estaba convencido de la culpabilidad de su primo. Todo el mundo encontrará horrible la conducta de la presidenta; pero en circunstancias análogas todas las madres imitarán á la señora Camusot y preferirán sacrificar el honor de un extraño que el de su hija. Los medios cambiarán, pero el objeto será siempre el mismo.

El músico bajó con rapidez la escalera, pero marchó con paso lento por los bulevares hasta llegar al teatro, donde entró maquinalmente, ocupó maquinalmente un asiento y maquinalmente dirigió la orquesta. Durante los entreactos, respondió tan vagamente á Smuke, que éste, aunque disimuló su inquietud, pensó que Pons se había vuelto loco. Para un temperamento tan infantil como el de Pons, la escena que acababa de ocurrir tomaba las proporciones de una catástrofe. Despertar un odio espantoso por parte de aquella casa que había querido llenar de felicidad, era la anulación total de la existencia. Por fin había reconocido una enemistad mortal, en los ojos, en los gestos, y en la voz de la presidenta.

Al día siguiente, la señora Camusot de Marville tomó una decisión que era exigida por las circunstancias, y á la que se avino también el presidente. Se resolvió á dar en dote á Cecilia la tierra de Marville, el palacio de la calle de Hanovre y cien mil francos. Por la mañana la presidenta se fué á ver á la condesa de Popinot, comprendiendo que era preciso responder á semejante jaque con un matrimonio. Allí contó la espantosa venganza y la asombrosa burla preparada por Pons, y al notificarles que el pretexto de aquella ruptura era la condición de hija única, todos dieron fe á sus palabras. Como final, la presidenta hizo resaltar con arte la ventaja de llamarse Popinot de Marville y la enormidad de la dote. Al precio que están los bienes en Normandía, aquel inmueble representaba unos novecientos mil francos, y el palacio de la calle de Hanovre estaba valuado en doscientos cincuenta mil. Ninguna familia razonable podía rechazar semejante alianza; así es que el conde Popinot y su mujer la aceptaron, como personas interesadas por el honor de la familia en que entraban, prometieron su concurso para explicar la catástrofe ocurrida la víspera.

Ahora bien, en la misma casa del anciano Camusot, abuelo de Cecilia, ante las mismas personas que había allí algunos días antes, á los que la presidenta había cantado la letanía. Brunner, aquella misma presidenta á quien todo el mundo temía hablar, se anticipó á dar explicaciones.

—Á decir verdad, hoy todas las precauciones son por tratándose de matrimonio, y sobre todo cuando hay que habérselas con extranjeros.

—¿Y por qué señora?

—¿Qué le ha ocurrido á usted?—preguntó la señora Cléreville.

—¿No saben ustedes nuestra aventura con ese Brunner que tenía la audacia de aspirar á la mano de Cecilia? Es hijo de un hostelero alemán, y sobrino de un tratante en pieles de conejo.

—¿Es posible que á usted tan sagaz...?—dijo una dama.

—Son tan astutos esos aventureros. Pero lo hemos sabido todo por Berthier. Ese alemán es íntimo amigo de un pobre diablo que toca la flauta y de un tabernero de la calle de Mail, pariente de unos sastres... Hemos sabido que hacía vida más crapulosa, y que no habrá dinero que le baste á un hombre que como él se ha comido ya la fortuna de su madre.

—¿Qué desgraciada hubiera sido su hija!—dijo la señora Berthier.

—¿Y cómo le fué presentado?—preguntó la anciana señora Lebás.

—Por el señor Pons, que quiso vengarse poniéndolo en ridículo... Ese Brunner, que nos fué presentado como gran señor, tiene poca salud, está calvo y le faltan los dientes, así es que tan pronto como le eché la vista encima desconfié de él.

—Pero, ¿y esa gran fortuna de que se hablaba?—preguntó tímidamente una joven.

—La fortuna no es tan considerable como se dice. Los sastres, los dueños de la fonda y él han vaciado sus cajas para montar una casa de banca... ¿Qué es hoy una casa de banca cuando se empieza? Una licencia para arruinarse. Una mujer que se acuesta millonaria puede despertarse reducida á sus propios recursos. Al primer golpe de vista, formamos un concepto de ese señor que no conoce nuestras costumbres. Por sus guantes y por su chaleco se ve que es un obrero, hijo de un tabernero alemán, sin nobleza en los sentimientos, en

un bebedor de cerveza, y un fumador que fuma veinticinco pipas al día, señora. ¡Buena suerte le esperaba á mi pobre Lili! Aun tiemblo pensándolo. ¡Dios nos ha salvado! Por otra parte, Cecilia no amaba á ese señor... ¿Podíamos nosotros esperar semejante burla de un pariente, de un concurrente á nuestra casa, que hace veinte años que viene á comer dos veces á la semana; á quien hemos cubierto de beneficios y que desempeñaba tan bien la comedia, que nombró heredera suya á Cecilia delante del fiscal y del presidente? Ese Brunner y el señor Pons se entendían para atribuirse mutuamente millones. ¡Oh! se lo aseguro, señoras, todas ustedes hubieran caído en la red que á mí me tendió el artista.

En unas cuantas semanas, la familia reunida de los Popinot, de los Camusot y sus aliados, obtuvieron en el mundo un triunfo fácil, pues nadie había tomado la defensa del miserable Pons, del parásito, del socarrón, del avaro, del hombre falso sepultado bajo el desprecio, considerado como un reptil, como un hombre perverso, como un saltimbanqui peligroso á quien se debía odiar.

Un mes próximamente después de la negativa del falso Werter, el pobre Pons, que salía por primera vez de la cama, donde había permanecido presa de una fiebre nerviosa, tomaba el sol en los bulevares apoyado en el brazo de Smuke. En el bulevar del Temple nadie se reía ya de los dos amigos al ver el aniquilamiento del uno y la conmovedora solicitud del otro para su convaleciente amigo. Al llegar al bulevar Poissonniere, Pons había recobrado colores respirando aquella atmósfera de los bulevares, donde el aire tiene tanto poder; pues donde la multitud abunda, el fluido es tan vital, que en Roma se ha notado la falta de *mala aria* en el infecto Ghetto, donde pululan los judíos. Acaso también la vista de lo que se complacía en contemplar todos los días, el gran espectáculo de París, obraba sobre el enfermo. Enfrente del teatro de Variedades, Pons dejó á Smuke, que iba á su lado, para examinar las novedades recientemente expuestas en las tiendas, y se encontró de cara con el conde Popinot, á quien saludó de la manera más respetuosa, por ser el ex ministro una de las personas á quien más estimaba y veneraba Pons.

—Caballero—le dijo severamente el par de Francia,—no comprendo cómo tiene usted tan poco tacto para venir á saludar á una persona aliada con la familia á quien ha inten-

tado usted llenar de vergüenza y de ridículo, inventando una venganza que sólo un artista es capaz de inventar. Sepa usted, señor mío, que á partir de hoy debemos ser completamente extraños el uno para el otro, pues la señora Cardot participa de la indignación que su conducta ha inspirado á todo el mundo.

El antiguo ministro se fué, dejando á Pons helado de espanto. Las pasiones, la justicia, la política, los grandes poderes sociales, nunca consultan el estado del ser á quienes hieren. El hombre de Estado, movido por el interés de la familia á aplastar á Pons, no notó la debilidad física de este temible enemigo.

—¿Qué tienes, pobre amigo mío?—exclamó Smuke poniéndose tan pálido como Pons.

—Acabo de recibir una nueva puñalada en el corazón—respondió el pobre músico apoyándose en el brazo de Smuke.—Empiezo á creer que sólo Dios tiene derecho á hacerme bien, cuando son tan cruelmente castigados los que intentan hacerlo.

Este sarcasmo de artista fué un supremo esfuerzo de aquella excelente criatura, que quiso disipar el espanto que reflejaba la cara de su amigo.

—Ya lo creo—respondió sencillamente Smuke.

Pons no pudo explicarse aquella escena, porque ni los Cardot ni los Popinot le habían notificado el matrimonio con Cecilia. En el bulevar de los Italianos, Pons vió ir hacia el señor Cardot, y, escarmentado con la escena del parque de Francia, se contentó con saludar á aquel personaje, en cuya casa comía el año anterior una vez cada quince días; pero el alcalde, el diputado por París, miró á Pons con aire indignado sin devolverle el saludo.

—Hombre, vete á preguntarle lo que tienen todos contra mí—dijo Pons á Smuke, que conocía en todos sus detalles la catástrofe ocurrida á su amigo.

—Señor—dijo finamente Smuke á Cardot,—mi amigo Pons se levanta de una *enfegmedad*, y usted sin duda no la ha *güeconocido*.

—Perfectamente.

—¿Y qué tiene usted que *güeprochagle*?

—Tiene usted por amigo á un monstruo de ingratitude, un hombre que, si vive aún, es porque, como dice el refrán, la mala hierba nunca muere. Razón tiene el mundo de de-

confiar de los artistas, que son todos perversos. Su amigo ha intentado deshonorar á su propia familia manchando la reputación de una joven para vengarse de una broma inocente, y no quiero tener la menor relación con él. Procuraré olvidar que le he conocido y que existe. Caballero, los mismos sentimientos que á mí, animan á mi familia, á la de Pons y á todos los que le hacían el honor de recibirle.

—Pego, señor, usted es un hombre *gazonable*, y, si me lo *pegmite*, voy á *explicagle* lo *ocuguido*.

—Es usted muy libre de seguir siendo amigo suyo, si tiene valor para ello, señor mío—replicó Cardot;—pero no siga, porque creo deber advertirle que incurrirían en la misma reprobación los que intentasen excusarle ó defenderle.

—¿Pog qué?

—Porque su conducta es *incalificable* é *injustificable*.

Dicho esto, el diputado por el Sena continuó su camino sin querer oír una sílaba más.

—Ya tengo contra mí á los dos poderes del Estado—dijo el pobre Pons sonriéndose cuando Smuke le hubo relatado lo ocurrido.

—Todo está contra nosotros—replicó dolorosamente Smuke.—Vámonos á fin de no *encontrag* más bestias.

Aquella era la primera vez de su vida, verdaderamente *ovejuna*, en que Smuke profería tales palabras.

Su mansedumbre casi divina nunca había sido turbada, y hubiera sonreído sencillamente á todas las desgracias que hubieran caído sobre él; pero ver maltratar á su sublime Pons, á aquel Aristides desconocido, á aquel genio resignado, á aquella alma sin hiel, á aquel tesoro de bondad, á aquel oro puro, no podía, sentía la indignación de Alcestes y llamaba bestias á los anfitriones de Pons. En aquella apacible naturaleza este impulso equivalía á todos los furores de Rolando. Por sabia previsión, Smuke hizo volver á Pons por el bulevar del Temple, y Pons se dejó llevar porque estaba en la situación de esos luchadores que no cuentan ya los golpes. La casualidad quiso que todo fuese contra el pobre músico. La avalancha que le arrollaba no podía ser más completa: la cámara de los pares, la de los diputados, la familia, los extraños, los fuertes, los débiles, los inocentes.

En el bulevar Poissonniere, yendo hacia su casa, Pons vió á la hija de aquel mismo señor Cardot, muchacha que había sufrido bastantes desgracias para ser indulgente. Cul-

pable de una falta secreta, aquella joven se había hecho esclava de su marido. De todas los dueños de las casas adonde Pons iba á comer, la señora Berthier era la única á quien Pons trataba familiarmente llamándola por el diminutivo de su nombre. Sin embargo, aquella cariñosa criatura parecía contrariada de encontrar al primo Pons, y decimos prima porque, á pesar de la ausencia de todo parentesco con la segunda mujer de su primo, era tratado como tal. No pudiendo Feliciano Berthier evitar el encuentro, se detuvo ante el marido riendo diciéndole:

—Primo mío, no le creía á usted malo; pero si es cierta la cuarta parte de lo que dicen, resulta usted muy falso. ¡Oh! no se justifique usted—añadió vivamente al ver que Pons hacía un gesto.—Es inútil por dos razones: la primera porque yo no tengo derecho á acusar, ni á juzgar ni á condenar á nadie, sabiendo por mí misma que los que parecen más culpables pueden tener excusas, y la segunda, porque sus razones no servirían de nada. El señor Berthier, que ha hecho el contrato de matrimonio de la señorita de Marville y del vizconde de Popinot, está tan irritado contra usted que si supiese que le he hablado me reñiría. Todo el mundo le es á usted contrario.

—Bien lo veo, señora—respondió con voz conmovida el pobre músico, que saludó respetuosamente á la mujer del notario tomando penosamente el camino de la calle de Nevers mandado apoyado en el brazo de Smuke de un modo que hacía ver al anciano alemán un desfallecimiento físico valerosamente combatido.

Aquel tercer encuentro fué como el veredicto pronunciado por el cordero que descansa á los pies de Dios; la sentencia por aquel ángel de los pobres, símbolo de los pueblos, es la última palabra del cielo. Los dos amigos llegaron á su casa sin haber cambiado una palabra. En ciertas circunstancias de la vida no hay nada como ver al amigo al lado. El contacto de palabra recrudence la llaga, revela su profundidad. Como veis, el anciano pianista tenía la delicadeza de espíritu que habiendo sufrido mucho conocen los hábitos del sufrimiento.

Aquel paseo debía ser el último que daba el pobre Pons. El enfermo cayó de una enfermedad en otra. Dotado de un temperamento sanguíneo bilioso, la bilis pasó á la sangre y se vió atacado de una violenta afección hepática. Estas

enfermedades sucesivas eran las únicas de su vida. El médico no lo había visitado nunca; pero la señora Cibot, llevada de excelente y maternal impulso, llamó al médico del barrio. En todos los barrios de París existe un médico cuyo nombre y casa sólo son conocidos por la clase inferior, como porteros, menstrales, y suele ser llamado generalmente médico de barrio. Este médico, que sangra y asiste en los partos, es en medicina lo que es en el servicio el criado para todo. Obligado á ser bueno para los pobres y bastante experto á causa de su larga práctica, es generalmente querido. El doctor Poulain, llevado á casa del enfermo por la señora Cibot y recibido por Smuke, escuchó sin hacer caso las quejas del anciano músico, el cual había pasado la noche rascándose la piel, dotada por completo de insensibilidad. Por otra parte, el color amarillo de los ojos estaba en armonía con este síntoma.

—¿Ha tenido usted durante estos últimos días alguna gran pena?—preguntó el doctor al enfermo.

—¡Ay de mí! sí—respondió Pons.

—Tiene usted la enfermedad que estuvo á punto de tener el señor, la ictericia. Pero eso no será nada—añadió el doctor Poulain recetando.

A pesar de estas consoladoras palabras, el doctor había dirigido al enfermo una de esas miradas clínicas que, aunque ocultan la sentencia de muerte, son siempre adivinadas por los ojos interesados en conocer la verdad; así es que la señora Cibot, que penetró los ojos del doctor con una mirada de espía, no se dejó engañar por el acento de la frase médica ni por la fisonomía hipócrita del doctor Poulain, y le siguió hasta la puerta.

—¿Cree usted que no será nada?—dijo la Cibot al doctor en el descansillo.

—Mi querida señora Cibot, ese señor es hombre muerto; no por la invasión de la bilis en la sangre, sino á causa de su debilidad moral. Sin embargo, con muchos cuidados, el enfermo podría aún tirar; sería preciso sacarle de aquí, llevarle á viajar.

—¿Y con qué?—dijo la portera.—¡Si no tiene dónde caerse muerto, y su amigo, el pobre, vive de una renta que le pasan unas señoras muy caritativas á quienes dice haber hecho favores. Son dos muchachos á quienes cuida hace ya nueve años.

—Yo paso la vida viendo gente que muere, no á causa de sus enfermedades, sino de esa grande é incurable herida, la falta de dinero. ¡En cuántas buhardillas he tenido que dejar yo un duro en la mesilla, en lugar de cobrar la visita!

—¡Pobre señor Poulain!—dijo la señora Cibot.—¡Ah! si usted tuviese los cien mil francos de renta que poseen algunos pillos del barrio, que son verdaderos abortos del infierno, sería usted el representante de Dios en la tierra.

Aquel médico, que gracias á la estimación de algunos porteros de su barrio, había logrado crearse una pequeña clientela, que bastaba apenas para cubrir sus necesidades, levantó los ojos al cielo y dió las gracias á la señora Cibot, haciendo una mueca digna de Tartufo.

—Mi querido señor Poulain, ¿de modo que cree usted que con muchos cuidados podría salvarse el enfermo?

—Sí, si no está demasiado afectado por la pena que ha sufrido.

—¡Pobre hombre! ¿Quién habrá podido disgustarle? Es un buen sujeto, que no tiene más igual en la tierra que su mismo amigo, el señor Smuke. Voy á saber lo que ha pasado, y yo misma me encargo de arreglarle las cuentas al que se haya metido con él.

—Escuche usted, mi querida señora Cibot—dijo el médico, que se encontraba entonces en el umbral de la puerta cochera.—Uno de los principales caracteres de la enfermedad de ese señor es una impaciencia constante con cualquier motivo, y, como no es probable que pueda tomar una enfermera, se lo advierto á usted por si le cuida.

—¿Es del señor Pons de quien hablan ustedes?—preguntó el tratante en hierros saliendo de su tienda y mezclándose en la conversación del médico y de la portera.

—Sí, papá Remonencq—le respondió la señora Cibot.

—Pues bien; es más rico que el señor Monistrol y que muchos anticuarios. Yo entiendo bastante en arte para decirles que ese hombre tiene tesoros.

—¡Toma! yo creí que se burlaba de mí el otro día cuando le enseñé esas anticuallas mientras mis señores estaban fuera—dijo la señora Cibot á Remonencq.

En París, donde las aceras tienen oídos, las puertas lenguas y ojos los barrotes de las ventanas, no hay nada más peligroso que hablar delante de las puertas cocheras. Las últimas palabras que se dicen allí y que son á la conversa-

ción lo que una postdata á una carta, contienen indiscreciones tan peligrosas para los que las dejan escuchar como para los que las recogen. El solo ejemplo que presenta esta historia bastará para corroborar esta verdad.

CAPÍTULO XII

El oro es una quimera (palabras del señor Scribe, música de Meyerbeer, decoraciones de Remonencq)

Un día, uno de los primeros peluqueros del tiempo del Imperio, época en la cual los hombres cuidaban mucho sus cabellos, salía de una casa donde acababa de peinar á una bonita joven, casa donde tenía clientela de todos los inquilinos ricos. Entre éstos florecía un viejo solterón, acompañado de una ama de llaves que detestaba á todos los herederos de su señor. Para el citado solterón acababan de tener una consulta los médicos más famosos, que no se llamaban aún *principes* de la ciencia. Salidos, por casualidad, al mismo tiempo que el peluquero, los médicos, al despedirse en el umbral de la puerta cochera, hablaban con la ciencia y la verdad en la mano, como hablan entre ellos cuando la farsa de la consulta está hecha.

—Es hombre muerto—dijo el doctor Haudry.

—No tiene un mes de vida, á no ser un milagro—respondió Desplein.

El peluquero oyó estas palabras. Como todos los peluqueros, tenía relaciones con los criados. Llevado de una avaricia monstruosa, subió en seguida á la casa del solterón citado, y prometió á la criada una prima bastante bonita si lograba decidir á su amo á colocar una gran parte de su fortuna en vitalicio. En la fortuna del viejo solterón moribundo, que tenía, por otra parte, cincuenta y seis años, y que representaba muchos más á causa de sus campañas amorosas, se encontraba una magnífica casa situada en la calle de Richelieu, valuada entonces en doscientos cincuenta mil francos. Esta casa, objeto de la codicia del peluquero, le fué vendida por una renta vitalicia de treinta mil francos. Esto ocurría en 1806. Aquel peluquero retirado, septuagenario hoy, sigue aún pagando la renta, á pesar de hallarse en el

año 1846. Como el citado solterón tiene noventa y seis años, está ya chocho, se ha casado con su sirvienta y aun puede vivir muchos años. Como el peluquero le había dado treinta mil francos á la criada, el inmueble le cuesta más de un millón; pero la casa vale hoy de ochocientos á novecientos mil francos.

A imitación de aquel peluquero, el tratante en hierros había escuchado las últimas palabras que Brunner le había dicho á Pons en el umbral de la puerta el día de la entrevista de aquél con Cecilia, y, por lo tanto, deseó penetrar en el museo Pons. Remonencq, que vivía en buena inteligencia con la Cibot, no tardó en ser introducido en la habitación de los dos amigos cuando estaban ausentes. Remonencq, deslumbrado ante tantas riquezas, vió allí un negocio, lo cual, en la jerga de los tratantes, quiere decir una fortuna que robar, y pensaba en ella hacía ya cinco ó seis días.

—Estoy tan seguro, que ya hablaremos de la cosa—respondió á la señora Cibot y al doctor Poulain,—y si ese buen señor quiere por sus antigüedades una renta vitalicia de cincuenta mil francos, yo les pago á ustedes una buena carga de vino.

—¿De veras?—dijo el médico á Remonencq.—¡Cincuenta mil francos de renta vitalicia! ¡Ah! entonces, si ese hombre es tan rico, cuidado por mí y velado por la señora Cibot, aun puede curar... porque las enfermedades del hígado son propias de los temperamentos fuertes.

—He dicho cincuenta. Pues mire, ahí mismo, delante de la puerta, un señor le ofreció setecientos mil francos, nada más que por los cuadros.

Al oír esta declaración de Remonencq, la señora Cibot miró al doctor Poulain con aire extraño: el diablo iluminaba con siniestro fuego sus ojos de color de naranja.

—Vamos, no escuchemos semejantes tonterías—repuso el médico, bastante satisfecho al saber que su cliente podría pagarle todas las visitas que le hiciese.

—Señor doctor, si la señora Cibot, toda vez que el señor está en la cama, quiere dejarme entrar en su casa con un perito, estoy seguro de encontrar el dinero en dos horas, aun cuando se tratase de setecientos mil francos.

—Bien, amigo mío—respondió el doctor.—Vamos, señora Cibot; cuide usted de no contrariar al enfermo, porque

todo le irritará y le cansará, hasta sus atenciones. Ya puede usted esperar que no encontrará nada bien hecho.

—Muy impertinente ha de estar—dijo la portera.

—Escuche bien lo que le digo—respondió el médico con autoridad.—La vida del señor Pons está en manos de los que le cuiden; así es que tal vez vendré á verle dos veces al día. Empezaré mi visita por él.

El médico había pasado de pronto de la profunda indiferencia que sentía por la suerte de los enfermos pobres, á la solicitud más cariñosa; pues por la seriedad de aquel tratante llegó á creer en la posibilidad de la tal fortuna.

—Estará cuidado como un rey—respondió la señora Cibot con fingido entusiasmo.

La portera esperó á que el médico hubiese vuelto la calle de Charlot antes de reanudar la conversación con Remonencq. El tratante en hierros acababa de fumar su pipa con el hombro apoyado en el quicio de la puerta de su tienda, y no había tomado esta posición por casualidad, sino que deseaba ver ir hacia él á la portera.

Aquella tienda, que había sido café, permanecía tal como el auvernés la había encontrado al arrendarla, y aun se leía CAFÉ DE NORMANDÍA en el letrero que se veía en el frontis de todas las tiendas modernas. El auvernés había hecho pintar gratis sin duda, en el espacio que quedaba debajo del CAFÉ DE NORMANDÍA, las palabras *Remonencq, tratante en hierro, compra mercancías de lance*. Como es natural, los espejos, las mesas, los taburetes y todo el mobiliario del CAFÉ DE NORMANDÍA había sido vendido. Remonencq había alquilado por seiscientos francos la tienda, la trastienda, la cocina y el cuarto del entresuelo, donde dormía á veces el dependiente, el cual había pasado del café al servicio del tratante. Del lujo primitivo desplegado por el cafetero, no quedaba más que un empapelado verde claro y las grandes barras de hierro de la delantera, con sus correspondientes perillas.

Llegado allí en 1831, después de la Revolución de julio, Remonencq empezó por poner como muestra campanillas viejas, fuentes abolladas, hierros, balanzas usadas, pesos antiguos rechazados por la ley, aunque no por el Estado, que sigue empleando como moneda pública las piezas de cinco y diez céntimos que datan del reinado de Luis XV. Después, aquel auvernés que valía por cinco, compró bate-

ría de cocina, marcos viejos, cobres y porcelanas cascadas. Insensiblemente, á fuerza de ir llenando y vaciando la tienda, la naturaleza de las mercancías mejoró. El tratante en hierros siguió esa prodigiosa y segura martingala, cuyos efectos se manifiestan á los ojos de los callejeros, que son bastante filósofos para estudiar la progresión creciente de los objetos que guarnecen las tiendas. Al hierro blanco y á los quinqués, les suceden los marcos y los cobres; vienen después las porcelanas, y luego la tienda se convierte en un museo. Por fin, llega un día en que el polvoriento escaparate queda limpio, el interior restaurado; el auvernés deja la pana y las chaquetas para llevar levita, y se le ve como un dragón guardando su tesoro. Está rodeado de obras de arte, se ha convertido en inteligente, ha decuplicado sus capitales y no hay quien le engañe, porque conoce las tretas del oficio. El monstruo está allí, como una vieja que está en medio de veinte jóvenes ofreciéndoselas al público. La belleza y los milagros del arte le son indiferentes á aquel hombre astuto y grosero á la vez, que calcula los beneficios y explota á los ignorantes. Convertido en comerciante, finge apego á sus telas y á sus marcos, supone enormes precios de adquisición y ofrece enseñar facturas de venta.

Al tercer año, se vieron en casa de Remonencq relojes bastante bonitos, armaduras, cuadros antiguos, y durante su ausencia el nuevo anticuario dejaba la tienda al cuidado de una hermana suya, mujer gruesa muy fea que había venido de su país á pie á instancias suyas. La Remonencq, especie de idiota de mirada vaga, vestida como un ídolo japonés, no rebajaba un céntimo del precio que su hermano le indicaba, se ocupaba de los cuidados de la casa y resolvía el problema, irresoluble en apariencia, de vivir casi de nada. Remonencq y su hermana se alimentaban de pan y de arenques, de mondaduras y de restos de legumbres recogidas de los montones de basura que los fondistas dejaban en el rincón de las puertas. Entre los dos no gastaban sesenta céntimos diarios, y la Remonencq cosía ó hilaba para ganarlos.

Este comienzo del negocio de Remonencq, que había ido á París para ser corredor y que de 1825 á 1831 había corrido las mercancías de algunos tenderos de la calle de Lappe, es la historia normal de muchos anticuarios. Los judíos, los normandos, los auverneses y los saboyanos, estas cuatro razas de hombres tienen los mismos instintos y hacen

fortuna por los mismos medios. No gastar nada, ganar ligeros beneficios y acumular intereses y beneficios; tal es su norma, y esta norma es una verdad.

En este momento, Remonencq, reconciliado con su antiguo amo Monistrol, iba á escudriñar todo el distrito de París, que sabido es que comprende un rodeo de cuarenta leguas. Después de catorce años de práctica, poseía una fortuna de sesenta mil francos y una tienda bien provista. Sin porvenir en la calle de Normandía, donde sólo le detenía lo barato del alquiler, vendía sus mercancías á otros tratantes contentándose con un beneficio moderado. Este hombre acariciaba un sueño, deseaba ir á establecerse á los bulevares, quería llegar á ser un rico anticuario para tratar directamente con los aficionados. Por lo demás, era todo un temible negociante. Su cara estaba provista de un barniz de polvo y de sudor, lo que hacía su fisonomía tanto más impenetrable, cuanto que, acostumbrado á las penas físicas, estaba dotado de la impassibilidad estoica de los veteranos de 1799. En lo físico, Remonencq era un hombrecito pequeño y delgado, cuyos ojillos, dispuestos como los de los cerdos, denotaban en su color azul pálido la avidez concentrada y la socarrona astucia de los judíos, aunque no su aparente humildad que oculta el profundo desprecio que sienten por los cristianos.

Las relaciones entre los Cibot y los Remonencq eran los del bienhechor y el protegido. La señora Cibot, convencida de la excesiva pobreza de los auverneses, les vendía á precios fabulosos los restos de Smuke y de Cibot. Los Remonencq pagaban dos céntimos y medio por una libra de corizas secas y de miga de pan, céntimo y medio por una escudilla de patatas y así sucesivamente. El astuto Remonencq no era nunca reputado de hacer negocios por su cuenta, representaba siempre á Monistrol, y se decía explotado por los comerciantes ricos. Así es que los Cibot compadecían sinceramente á los Remonencq. En once años, el auvernés no se había mudado aún el pantalón, el chaleco y la chaqueta de pana que llevaba; de suerte que estas tres partes del vestido estaban plagadas de remiendos que Cibot le ponía gratis. Como se ve, no todos los judíos están en Israel.

—¿No se burla usted de mí, Remonencq?—le dijo la portera.—¿Puede tener el señor Pons semejante fortuna y hacer la vida que hace?

—Todos los aficionados son así—respondió sentenciosamente Remonencq.

—¿De modo que cree usted de veras que mi señor tiene setecientos mil francos?

—Nada más que en los cuadros, tiene uno que, si quisiese por él cincuenta mil francos, yo se los hallaría en seguida. Ya sabe usted, el marco de cobre esmaltado lleno de terciopelo rojo en donde están los retratos... Pues bien, yo sé por un señor *Petitot*, que el ministro del gobierno, antiguo droguero, los paga á mil escudos pieza.

—Pues si hay más de treinta en los dos marcos—dijo la portera, cuyos ojos se dilataron.

La señora Cibot, presa del vértigo, cambió de opinión y concibió inmediatamente la idea de que Pons le dejase algo en su testamento, á imitación de todas las amas de llaves cuyas rentas habían excitado tanta codicia en el barrio del Marais. Trasladándose ya con la mente á los alrededores de París, se pavoneaba en una casa de campo, donde cuidaba ya su corral y su jardín, donde acababa sus días servida como una reina, así como su pobre Cibot, que merecía tanta dicha como todos los ángeles olvidados y no comprendidos.

En el brusco y sencillo movimiento de la portera, Remonencq vió la seguridad de un triunfo. En el oficio de anticuario la dificultad consiste en poder introducirse en las casas. No es posible figurarse los estudios, los rodeos y las seducciones que emplean los anticuarios para entrar en las casas. Son comedias dignas del teatro y fundadas siempre, como aquí, en la capacidad de los criados. Éstos, sobre todo en el campo ó en provincias, por treinta francos procuran compras á los anticuarios, en las que éstos ganan mil ó dos mil francos. Hay servicios de Sèvres cuya conquista, si pudiese contarse, dejaría muy atrás á todas las astucias diplomáticas del congreso de Munster y toda la inteligencia desplegada en Nimegue, en Utrech, en Riswick y en Viena. Los anticuarios tienen un tal don de acción, que penetran tan profundamente en los abismos del interés personal, como en los que buscan con tanta pena los embajadores para determinar la ruptura de las alianzas mejor cimentadas.

—¡Qué bien he entusiasmado á la Cibot!—dijo el hermano á la hermana.—Ahora voy á consultar al único que entiende en esto, á nuestro judío, á un buen judío que sólo nos ha prestado al quince por ciento.

Remonencq había leído en el corazón de la Cibot. En las mujeres de este temple querer es obrar, no reculan ante ningún medio para lograr el éxito, y en un instante pasan de la probidad más completa á la infamia más profunda. Por otra parte, la probidad, como todos nuestros sentimientos, debería dividirse en dos probidades: una probidad positiva y otra negativa, siendo la probidad negativa la de los Cibot, que son probos hasta que no se les presenta una ocasión de enriquecerse. La probidad positiva sería la del que permanece siempre en la tentación sin sucumbir á ella. Las diabólicas palabras del tendero habían hecho nacer una multitud de malas intenciones en el corazón y en la inteligencia de la portera. La Cibot subió, ó, mejor dicho, voló de la portería á la habitación de sus dos señores y se presentó con cara compungida en el cuarto donde gemían Pons y Smuke. Al ver entrar á la portera, Smuke le dijo que no dijese nada en presencia del enfermo acerca de las verdaderas opiniones del doctor, y ella le respondió con otro movimiento de cabeza expresando un profundo dolor:

—¿Cómo se encuentra usted, mi querido señor?—le dijo la Cibot poniéndose á los pies de la cama con los brazos en jarras y los ojos amorosamente fijos en el enfermo. Sin embargo, para un observador, aquella mirada hubiese sido terrible como una mirada de tigre.

—Muy mal—respondió el pobre Pons;—no tengo el menor apetito. ¡Ah! el mundo, el mundo—exclamaba estrechando la mano de Smuke, que estaba sentado á la cabecera de su cama y con el cual hablaba sin duda de las causas de su enfermedad.—Mi buen Smuke, hubiera hecho mejor en seguir tus consejos comiendo aquí todos los días y renunciando á esa sociedad que cae sobre mí para aplastarme.

—Vamos, vamos, mi buen señor, no hay para tanto—dijo la Cibot.—El doctor me ha dicho la verdad.

Smuke tiró de la falda á la portera.

—¡Eh! podrá usted salir de esa, pero con muchos cuidados... Esté usted tranquilo, tiene á su lado un buen amigo y, sin alabarme, una mujer que le cuidará como cuida una madre á su primer hijo. Yo he sacado á Cibot de una enfermedad después de haber sido desahuciado por el señor Poulain el cual le había echado la sábana sobre la cara después de darle por muerto... Ahora bien, usted, que no está así, á Dios gracias, aunque esté usted muy enfermo, cuente conmigo.

Yo sola le sacaré de esta. Esté usted tranquilo, no se mueva de ese modo—dijo tapando las manos del enfermo con el cobertor.—¡Eh! no se apure, el señor Smuke y yo pasaremos las noches á la cabecera de su cama... Estará usted mejor cuidado que un príncipe, y por otra parte, usted es bastante rico para no privarse de nada durante la enfermedad. Acabo de arreglarme con Cibot, porque ¿qué haría sin mí ese pobre hombre? Le he hecho avenirse á razones, y como los dos le queremos á usted tanto, ha consentido en que yo me quede aquí por la noche, y crea usted que para un hombre como él es un verdadero sacrificio, porque me quiere como el primer día que nos casamos. Yo no sé en qué consistirá esto, tal vez en la portería, que nos obliga á estar siempre juntos. No se destape usted de ese modo—dijo tapando á Pons hasta el cuello.—Si no es usted bueno, si no hace todo lo que le ordene el señor Poulain, que ya ve usted que es la imagen de Dios en la tierra, ya no me ocupo de usted... Tiene usted que obedecerme.

—Sí, señora Cibot, le obedeceré—respondió Smuke;—yo se lo *gagantizo*, pues sé que *quieque vivig paga* su pobre Smuke.

—Sobre todo no se impaciente usted, porque bastante le impacientará la enfermedad—dijo la Cibot.—Mi querido señor, Dios nos envía males para castigar nuestras pequeñas faltas, y usted bien tendrá que reprocharse algunas faltitas.

El enfermo movió la cabeza negativamente.

—¡Oh! ¡oh! bien habrá amado usted en su juventud, acaso tenga algún fruto de sus amores abandonado, sin pan de fuego, ni casa... ¡Monstruos de hombres! la quieren á una un día y después no se acuerdan ya ni de pagar las mensualidades de la nodriza... ¡Pobres mujeres!

—Smuke y mi pobre madre son los únicos que me han querido en la tierra—dijo tristemente Pons.

—Vamos, que no es usted ningún santo. Habrá sido usted joven, y muy guapo por cierto. Bueno como es usted, á los veinte años yo le hubiera querido.

—Siempre he sido feo como un sapo,—dijo Pons desahogado.

—Dice usted eso por modestia.

—No, mi querida señora Cibot, se lo repito, siempre he sido feo y no he amado nunca.

—¿A mí con esas?—dijo la portera.—¿Querrá usted

cerme creer que está usted á su edad como le parió su madre? ¿un músico? ¿un hombre de teatro? ¡Vaya, vaya! Ni aunque me dijese eso una mujer la creería.

—Señora Cibot, va usted á *iguitagle*—dijo Smuke al ver que Pons empezaba á dar muestras de impaciencia.

—Cállese usted también: ustedes son dos viejos libertinos que aunque hayan sido feos... nunca falta un roto para un descosido, como dice el proverbio. Cibot logró el carifio de una de las ostreras más guapas de París y ustedes son mucho mejores que él. Usted es bueno; vaya, que ya habrá tenido usted las suyas. Y Dios le castiga por haber abandonado á sus hijos, como Abraham.

El enfermo, abatido, aun tuvo fuerzas para hacer un signo de negación.

—Pero no tenga usted cuidado, que eso no le impedirá vivir más que Matusalén.

—Pero ¡démeme usted tranquilo!—gritó Pons.—Yo no he sabido nunca lo que es ser amado... no he tenido hijos, estoy sólo en la tierra.

—¿De veras?—preguntó la portera.—Como es usted tan bueno, y yo sé que á las mujeres les gusta la bondad, me parecía imposible que en sus tiempos...

—Llévatela de aquí—dijo Pons á Smuke al oído;—me aburre, me fastidia.

—Entonces será el señor Smuke el que tiene hijos. Ustedes, los solterones, todos son así.

—¡Yo!—exclamó Smuke irguiéndose.—Pero, *mujeg*...

—Vamos, usted también está sin herederos, ¿verdad? Vaya, se encuentran en la tierra como dos hongos.

—Oiga, venga acá—respondió Smuke.

El buen alemán tomó heroicamente á la señora Cibot por el tallo y la llevó al salón sin tener en cuenta sus gritos.

CAPÍTULO XIII

Tratado de las ciencias ocultas

—¡Cómo! ¡á mi edad quiere usted abusar de una pobre mujer?—gritaba la Cibot desembarazándose de los brazos de Smuke.—¿Usted, el mejor de los dos? ¡Ah! he hecho